

PQ 6323

A1

V. 3

1814



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura, que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda

111.

010291

cansa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedáron, comenzáron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna. Mas no hubiéron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despenaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacía que parte sonaba, oyéron á deshora otro estruendo que les agió el contento del agua, especialmente á Sanecho, que naturalmente era medro-o y de poco ánimo: digo que oyéron, que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertáron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de

la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y abrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Fehos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las nieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y con-

fiso estruendo destas árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna (1), y aquel incesable golpear que nos hiera y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que apríeta un poco las cinchas á Rocinante, y quedate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea,

(1) Alusión al río Nilo que, naciendo en la alta Etiopía, en el monte de la luna, según se creía antiguamente, (Ptolomeo: Geograph. lib. IV, al fin) se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas ó cascadas.

que su cautivo caballero murió por acometer cosas, que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo (1), y á decirle: señor, yo no sé porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos tocer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, mé-

(1) En este paso, como en otros muchos, imitó Don Quixote á Amadís de Gaula, que, disponiéndose para la empresa de la altísima peña de la Doncella Encantada, dixo á Grastindor: yo quiero subir en esta roca... y vos ruego que me aguardéis aquí hasta mañana en la noche, que yo podré venir, á favoros señal desde arriba como me es: y si en este comedio, al tercero dia no tornare, podreis creer que mi hacienda no es bien. Quando la aventura del Endriago (que era un hombre monstruoso, que tenía el diablo en el cuerpo, y despoñaba la Isanda llamada del Diablo, por haber en ella su residencia) entrando Amadís en un valle de una encantada montañá y peñas de muchas concavidades, dixo á su escudero: da voces, Gandalín, porque por ellas podrá ser que el Endriago á nosotros atienda: é ruego mucho que, si aquí muriese, procuréis de llevar á mi señora Oriana mi corazon. Quando Gandalín esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando dió grandes gritos, dexando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba. (Historia de Amadís: lib. 3, cap. 75, y lib. 2, cap. 156.)

nos habrá quien nos note de cobardes : quanto mas que yo he (a) oido predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él : así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro : y hasta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser mantenido como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto : y quando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer, que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas, y no ménos ; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las temia de alcanzar aquella negra y mal hadada Insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non

se me haga tal desguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo aloménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo (1) ¿ Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ? ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna ? Así es, dixo Sancho, pero tiene el miedo

(1) La constelacion, llamada por los astrónomos *Ursa minor*, y por los pastores *Bue-bue*, ó *Carro menor*, consta de ocho estrellas, inclina la del norte á polo. Alrededor de esta voltea las otras siete, que forman la figura de la bocina, cuerno, ó colodrillo. Para conocer la hora se figura una cruz con su cabeza, pie, y brazos izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura también qualquier hombre extendiendo los brazos. En ella se suponen quatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En Agosto, que es quando parece sucedió esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo mas de la media noche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces á la alba faltan como unas tres horas.

muchos ojos ve las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ámbos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de

su embuste, dixo: va señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojár á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lloré lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote: ¡soy yo por ventura de

aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duermes tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixes por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes, que todavía alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo, que si liciera, si-le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos diéron á sus consejas, no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino Romano que dice: *y el mal para quien*

to fuere á buscar (1), que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvámos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexáme á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba

(1) Esta erudicion excede la capacidad de Sancho, que como bien preavertidor de palabras llamó *Zonzorino* á Caton Zenzorino. Rodrigo Caro (*Días Granadas*: dial. V, f. 3.) dice tambien que los muchachos y la gente rustica empezaban los cuentos con esta entrada: *Érase lo que era: el mal que se vaya, el bien que se venga: el mal para los moros, el bien para nosotros*; y añado que en esto imitaban el dicho de Plutarco (*in Symposio* 6.).

Bullom foras, intro divitias et sanitatem.

Esto es:

El mal vaya fuera, y vengan adentro la salud y el dinero.

Y á Quinto Sereno Samonico:

Sed fortuna potens omni convertat in hostes.

Esto es:

Peró la fortuna poderosa convierta el mal á guerro contra los enemigos (los moros.)

cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora, que se llamaba Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desá manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarle de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga nsos nuevos. Di como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que pareció que ahora la veo. ¿Luego conocíste la tú? dixo don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento, me dixo que

era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que la habia visto todo: así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesan jamas: la Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reynos de Portugal. La Torralva que lo supo se fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama,

un padazo de espejo, y otro de un peyne, y no se que botecillo de mudas (1) para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen, que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca, ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y

(1) Colores postizos con que las mugeres se pintan las caras, cuyo vicio era todavía mas comun en el siglo pasado que ahora. Y decia una seguidilla, que llamaban de eco, de las inventadas en tiempo de Cervantes:

A perfia se juntan

Todas las damas,

A perfia se juntan, untan

Todas las caras.

(Gonzalo Correas: *Grammatica Castellana*. Biblioteca real: est. v, cod. 365, f. 160.)

concertó con él, que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y reshaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas; dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixé, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se la acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote, ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió San-

cho, porque así como yo pregunté á vuestra merced, que me dixese quantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mi de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe, que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígotte de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver, ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé, que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras (1). Acabe norabueña

(1) Este cuento no es á la verdad original de Cervantes, pues aunque le varió y mejoró tanto, que le hizo suyo, tomó la sustancia de otro que se lee en: *Le Cento Novelle* donde

donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos, si se puede mover Rocinante. Tornóle á poner las piernas, y el tornó á dar saltos, y á estarse quedo: tanto estaba

antike, que se hallan al fin de: *Cento Novelle scelte* publicadas en Venecia año de 1571. Dice pues así la novela XXXI, traducida del italiano en nuestra lengua: *Texia el señor Ascolino un fabulador por que le contase cuentos en las noches largas del invierno. Suocidó que una noche tenia este cuentado una gana extraordinaria de dormir, y el señor Ascolino le instaba que le refiriese alguna historietta. Y el emperador le refirió la de un aldeano que, teniendo cien monedas de oro, fue á una feria á comprar cerdos, en la qual le dieron dos por cada moneda. Al volver con el ganado á casa, como hubiese crecido mucho el río con las lluvias, llegó á su orilla, y vió á un pobre pescador que tenia un barco tan pequeño, que no cabia en él sino el aldeano y un cerdo. Empezo pues el aldeano á parar con un cerdo solo. El río era ancho, y el aldeano iba tirando el barco, y pasando. El señor Ascolino le dixo: *pasad adelante con el cuento. Y el respondió: detend que puse los cerdos, y despues le proseguí: y supuesto que no pasarán en un año, podemos entretanto dormir á nuestro sabor.* El licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda trata de *Fris y neçio* el cuento referido por Cervantes, (cap. XXI, p. 162) y en competencia cuenta el otro, por boca tambien de su Sancho, de una multitud de gansos, que tardaron no menos que dos años en pasar uno á uno por una puente muy angosta, y con su estilo trivial y descalfado. Sin embargo dice que lo hace para que se conozca la diferencia del uno al otro, y solo consiguio que se conozca lo mucho que ciega el amor propio á algunos pestradores.*

de bien atado. En esto parece ser, ó que el frío de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de lacer lo que otro no pudiera lacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no lacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué, soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrámbas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que lacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué, que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto

podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo: ¿que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubiéron llegado, quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho: ¿mas en que lo echas de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra

merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasáron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tieno deslógó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues Don Quixote, que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer disluntamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran

castaños, que hacen la sombra muy escuara: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornó á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca

el autor desta historia, que debia de ser bien nacido, y por lo ménos christiano viejo : cuyo sentimiento eterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíle Sancho á pie llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas: y habiéndole andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, diéron en un pradedillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las quales advirtiéron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo carazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios

que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduviéron, quando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vió que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho, que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los pu-

ños por no reventar (b) riendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo impetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y más quando le oyó decir, como por modo de figa: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones, que Don Quixote dixo la vez primera que oyéron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla del, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre, ¿parécos á vos, que si

como estos fuéron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acaballa? Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiereis. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasia; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? aloménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna

de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Alménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza, y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos Insulas, ó Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas, y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerias he leído que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el

tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco: mía, en que no me dexo estimar en mas: si que Gaudalin escudero de Amadis de Gaula, Conde fué de la Insula firme, y se lee del, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues que dirémos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario alménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho, pero querria yo saber (por

si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir. No creo yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuviéron á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podría suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desá manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque

despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano, diéron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, quando se volvió á Sancho y le dixo: páreceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias

sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre. Digo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de li que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino (1) sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace; dixo Sancho, que no querria

(1) Yelmo encantado, que hizo invulnerable al Rey moro Mambrino que le usaba: y así Gradasso, Rey tambien de moros, sacraones ó porrazos, tampoco pudo matar á Rey-naldos que le llevaba puesto, y se le habia quitado á Mambrino, como dice Matro Boyardo (*Orlando Enamorado*; lib. 1.º, cant. 4.º) segun la traduccion de Francisco Garrido de Villena:

..... El fuerte Sarracino
Con gran furia le dió un golpe de espada.
E fue amortecido el Paladino,
Que jamas recibió tan gran porrada:
Por el yelmo encantado de Mambrino
Todo esta vez la vida asegurada.

que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote, ¿que va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera, que se engañaba en lo que dice. ¿Como me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dixo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo (c) veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pnes ese es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apártate á una parte, y déxame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por aborraz del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso mas eso de los

batanes, dixo Don Quixote, que voto... y no digo mas, que os batané el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quixote veia, era esto, que en aquel contorno habia dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traia una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua reñunbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fué la ocasion que á Don Quixote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos: y quando él vió que el pobre caballero llegaba cerca,

sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dixo: defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dexarse caer del asno abaxo, y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexóse la bacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al Castor, el qual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello, por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el qual tomándole en las manos, dixo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una

parte y á otra, buscándole el encaxe, y como no se le hallaba dixo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la hacía celada, no pudo tener la risa, mas vínosele á las miéntes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De que te ríes, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una hacía de barbero pintiparada. ¿Sabes que imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece hacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer Lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjó

el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exércitos, quando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje, que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez mantenido, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal christiano eres, Sancho, dixo oyendo

esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Que pie sacaste coxo? ¿que costilla quebrada? ¿que cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué, y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los Griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dió un suspiro, y le puso en las nubes, y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de que calidad fueron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dexando esto á parte, dígame vuestra merced, que harémos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aqui desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogió

las (1) de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: así que, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dexar trocar un asno por otro, y querría saber, si podria trocar los aparejos si quiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas:

(1) Esto es: las valzas.

y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron (1), bebiéron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, que cortada la óclera y aun la malencenia (2), subiéron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso (3), que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando,

(1) *Matifora* tomada de los soldados, que despojan el real ó campo de los enemigos, donde sueca hallar abundancia de provisiones.

(2) Como Roblan, que se fue á mas andar por donde el caballo le llevaba (España de Caballerias: lib. 2, cap. 58); y como el Caballero del Febo, que dexó la rienda al caballo, para que guiase á lo parte, que mas su voluntad quisiese. (P. II, lib. 1, cap. 4.)

dixo Sancho á su amo: señor; quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograra. Dila, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso, si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte le considerado, quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun Emperador, ó á otro Principe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien

servirémos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama, tal que quando se fuere á la Corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodcén dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol (1), ó de la Sierpe (2), ó de otra

(1) Llamado así, porque traía en el escudo un sol figurado con rayos resplandecientes. Introdúcese en *Palmerín de Oliva*. (Cap. 43.)

(2) En la edicion primera de 1605, se dice *de la Sierpe*; pero en la del año de 1608 emendó el autor, *de la Serpiente*, porque quiso aludir á *Rapandán*, llamado el *Caballero*

hazaña alguna, debaxo de la qual lubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantesco Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las ventanas de su Real Palacio el Rey de aquel Reyno: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus (1), salgan mis caballeros quantos ea mi Corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro (2), y luego le lleva-

de la Serpiente, como se ve en los esp. 157, y 158. *Hago saber*, dice *Rodrigo*, *á tí el Caballero Serpenteño*, que la *Justa de la gran Serpiente mandó y señoresca*, etc.

(1) Interjeccion ya desusada, que viene del adverbio *AMBAUM*: arriba.

(2) Así como lo hizo el Rey Lisuarte con el doncel *Expandian* que *le tomó por la cabeza*, y *llegó á él*, y *besóle en la faz*. (*Armada de Gaula*: esp. 127.)

UNIVERSIDAD DE BURGOS 1909

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO XEZES"

40. 1025. 10291. 10291

10291

rá por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun quarto del Palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto (1): venida la noche cenará con el Rey, Reyna, é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagaci-

(1) Voz italiana: jubon en castellano.

dad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano (1) con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el Rey, que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho provecho de su fama, de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas, por haber puesto

(1) Venian con la doncella (se dice en el cap. 67, P. II, de Amadis de Grecia) dos enanos tan feos, que espanto ponian. De los libros de caballerias se introduxo asaxo despues en los palacios de los reyes y grandes señores la moda de los enanos y de las enanas, que tanto previó en España. Felipe III, tenia uno de estraña pequeña, llamado Simon Bonami, á quien hizo un capitulo Don Luis Gongora, que se halla al fin de sus romances, y á quien cierto autor dedicó un libro, diciéndole que no extrañase su dedicación, supuesto que Pedro Arciniegas habia dedicado el suyo á una mona. Murio este enano por los años de 1616, segun dice el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, que por un pequeño le llama *atomo de cristaca, vislumbre de niño*; y deseaba tambien dedicarle su libro, obligándole por su brevedad. (El Pasajero: L. 93.)

y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es, que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le hace: y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia (1). Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas

(1) Así Oriana por medio de su doncella y confidente Melibea hablaba á Amadís de Gaula por una reja de hierro, que tenía su redondea. (Cap. 14.) Así el Caballero de la Cruz fue á hablar con la Infanta Andriana por las rejas de las ventanas del jardín, y por medio de Germano, su doncella, se prometieron los dos por marido y mujer. (Cap. 144.)

manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogárale la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórname á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: dícenle, habiéndose (e) despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vésele á decir á su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes ó no: asegúrala (f) la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la

de su caballero sino en sujeto (*g*) Real y grave: consuéclase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la Corte, ve á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que Reyno, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la Infanta, queda Rey (1) el caballero en dos palabras. Aquí entra luego

(1) Así Lucrecia decía á Bernardo del Carpio:

*Pero muerto mi padre, yo de hecho
Soy Reyna en Lombardia coronada,
Y puedo bien, señor, de aquí decirte
Que ofrezco con el Reyno de servirte.*

(Garcido: cant. 38, o. 84.)

el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal (1). Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo (2), porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose: *El Caballero de la Triste Figura*. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mesmo modo y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: solo falta ahora mirar, que Rey de los christianos, ó de los paganos tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes,

(1) Este plan, que recopila aquí el autor, de las empresas, aventuras y fines que se proponían en ellas los caballeros andantes, se pudiera extirpar y confirmar con mayor numero de autoridades y pasages de los libros caballerescos, á que alude para ridiculizarlos; pero se omitió por estar prolijo.

(2) Muestrase aquí Sancho tan engolfado en las alegres esperanzas de su amo, que se olvida de que estaba casado y con hijos en su tierra.

que se acuda á la Corté. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo como se podia hallar, que yo sea de linage de Reyes, ó por lo ménos, primo segundo de Emperador: porque no me querrá el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad, que yo soy hijodalgo desolar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto, ó sexto nieto de Rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo, unos, que traen y derivan su descendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuvieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia, en que unos

fuéron,

fuéron, que ya no son, y otros son, que ya no fuéron, y podria ser yo destes, que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Abi entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: digolo, porque si el señor Rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa, y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale

III.

4

con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde, cádate allí caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar Señoría mal que les pese. Y móntas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado (h) has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo, que le sabria bien acomodar, porque por vida mia, que un tiempo fui muñidor de una cofradia, y que me asentaba tan

bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradia. ¿Pues que será quando me ponga un ropón ducal acuéstas, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extrangero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote, pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se cejará de ver lo que eres. Que hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí, como caballero de Grande. ¿Pues como sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande (1), un hombre

(1) ¿Quien era este señor? Por las señas que da Sancho se podria conjeturar que era Don Pedro Giron, duque de Osuna, rey y príncipe de Sicilia, y después de Nápoles. Crisot en las guerras de Flandes, donde hizo maravillas

le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo: pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales (1): desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que así puedes tú llevar á tu

valerosas: porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada: *Las Niñeras del Duque de Osuna*. El gobierno de su virreynato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la historia, que tampoco olvida la parte que tuvo en él su secretario Don Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y spléndida de su cuna, le hacían un señor muy grande; y la naturaleza le hizo un señor muy pequeñito. Conata en efecto que era pequeño de cuerpo. En conclusión (dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Duque) *él fue uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenía otra cosa que la estatura*. Di pichello non lieves altro che la natura. (*Teatro de los Gobiernos de los Príncipes de Nápoles*: tom. II, p. 119.)

(1) Esta era en efecto la costumbre en tiempo de Cervantes. *Quando selga el señor fuera de casa á pasear, ó hacer alguna visita, ha de ir el caballerizo detrás á caballo, llebta el año de ésta*. Don Miguel Yáñez en su *Tratado de servir á Príncipes*. (fol. 64.)

barbero, que los usos no viniéron todos juntos, ni se inventáron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey, y el hacerme Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arábigo y Manchego en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho